

resolución, he sacrificado por ese villano la mitad de mi fortuna, aun me queda la otra para ofrecerla por este muchacho tan valiente, tan patriota y tan noble. Solo que ¿cómo hacerlo? Me es imposible volver á Zapotlán. Escribiremos; vdes. se quedarán pobres, hijas mías, pero no tendrán un remordimiento.

— Trabajaré, padre mio, como una obrera, con tal de salvar á Valle. Su vida será mi herencia.



XXXV

EL SALVADOR

— ¿Saben vdes. lo que pasa? dijo entrando uno de los amigos de la familia.

— Ya lo sabemos, dijo el Sr. R... ahora, ¿qué sucederá con ese oficial?

— Que le fusilan sin remedio; el comandante está furioso, vdes. comprenderán su cólera. Al amanecer, ese pobre joven que estaba encerrado en la prisión del coronel Flores hizo llamar con gran sorpresa de todos á su general, y le dijo simplemente que él había hecho escapar al reo.

— Y ¿sabe vd. lo que ha hecho, desgraciado? le preguntó el general.

— Si; ponerme en su lugar, dicen que respondió con serenidad el oficial. Estoy listo, y cuanto más pronto mejor. El comandante, sin embargo, acababa de despachar un extraordinario á Zapotlán.

— Le he encontrado, interrumpió el padre de Clemencia.

— Pues bien, aguarda la contestación el jefe, y creo que esto acabará pronto. . . .

A las nueve de la noche el extraordinario volvió.

El general en jefe, indignado hasta el extremo, contestó luego dando orden de que al día siguiente en la mañana ejecutaran al comandante Valle, sin más fórmulas.

Con esta comunicación venía otra para el Sr. R... que decía :

« Este cuartel general releva al Sr. R... de todas sus ofertas y compromisos con el erario, pues queda satisfecho con castigar al criminal que dejó escapar al ex-teniente coronel D. Enrique Flores. »

Así pues, para colmo de dolor, la familia del Sr. R... volvía á recobrar la mitad de su fortuna comprometida para salvar á Flores, á costa de la vida del infeliz Fernando Valle.

El Sr. R... escribió al general en jefe, ofreciéndole todo su capital por la vida del desdi-

chado joven; pero era preciso obtener una suspensión de la orden, de ejecutarse á la mañana siguiente, y el comandante se negó á concederla.





XXXVI

LA FATALIDAD

Eran las diez de la noche y Valle me hizo llamar. Costó trabajo que me permitieran verle, pues lo sucedido con Flores hacía desconfiados á los jefes; pero lo conseguí al fin, y fui al calabozo del prisionero.

Apenas me vió cuando vino á abrazarme.

— Doctor, me dijo : perdone vd. la molestia de un moribundo; tengo que pedir á vd. otro favor, y me parece que será el último.

Yo no pude responderle, lloraba y se me anudaba la garganta. Aquella desgracia me había conmovido. El crimen de aquel joven era la más sublime generosidad.

— Hombre, continuó, agradezco á vd. esa prueba de afecto, que es la única que habré

recibido, pero que vale para mí un mundo. No se aflija vd. por mí, le aseguro que creo una fortuna que me fusilen. Estoy fastidiado de sufrir, la vida me causa tedio, la fatalidad me persigue, y me ha vencido, como era de esperarse. Me agrada que cese una lucha en que desde niño he llevado la peor parte. Voy á contar á vd. algo de mi vida en cuatro palabras, vd. indagará lo demás, y cuando se acuerde de mí procure vd. añadir el estudio de lo que me ha pasado á los demás que haga, procurando descifrar esto que en la tierra llamamos *la mala suerte*. Yo no sé si en buena filosofía estará admitida la influencia de la Fatalidad; yo ignoro esas cosas; pero el hecho es que sin haber hecho nada que me hubiese acarreado el castigo del cielo, que sintiéndome con una alma inclinada á todo lo noble y bueno, he sido muy infeliz y he visto cernerse siempre la tempestad de la desgracia sobre mi humilde cabaña, al mismo tiempo que he visto brillar el cielo con todas sus pompas sobre el palacio del malvado, que se levantaba frente á mí, insolente en medio de su fortuna.

Creo que es la primera vez que uso el estilo figurado, y pido á vd. perdón por él, en gracia de que no volveré á usarle más.

No hay misterios en mi vida, como todo el mundo ha sospechado, no sé por qué. Soy hijo

de una familia rica de Veracruz, vecindada hoy en México; pero el hogar paterno me negó desde niño su protección y sus goces, á causa de mis ideas y no de mi conducta.

Mi padre es un hombre honrado, pero muy austero en la observancia de sus principios religiosos y políticos. Es enemigo de las ideas liberales. Mi madre es un ángel de bondad, pero sumisa á la voluntad de mi padre, le obedece ciegamente.

Tengo tres hermanos y tres hermanas. Vd. conocerá á los unos y á las otras, y quedará vd. contento. No piensan como yo los primeros; pero valen mucho, y son un modelo de belleza y virtud las segundas.

Desde muy pequeño vine á educarme á un colegio de México, mientras que dos de mis hermanos se educaban en Europa y otro más pequeño permanecía en casa. Yo conocía de religión las prácticas del culto y las ideas de mi tierna madre; y de política habia yo oído á mi padre anatematizar los principios progresistas.

Pero á los tres años de estudiar me encontré un amigo, ¡ay, él único cariño profundo de mi vida solitaria! Era un muchacho pobre, pero de un talento luminoso y de un corazón de león. Él no jugaba, no paseaba, no tenia visitas; en vez de distraerse, pensaba; cuando

todos hablaban con sus novias él hablaba con los muertos, como decía Zenón, estudiaba de una manera asombrosa. Así es que el joven era un sabio, en la época en que todos son regularmente ignorantes.

Pues bien; este amigo me inspiró las ideas liberales, que abracé con delirio. Mi tutor, hombre que opinaba como mi padre, se espantó de este giro que tomaban mis aspiraciones, y me prohibió la amistad de aquel hermano mío. Yo me negué á separarme de él. Primer motivo de disgusto para mi familia. ¿Qué quiere vd. ? Cuando uno sacrifica un sentimiento noble como el de la amistad, á las preocupaciones, no merece tener amigos. Yo fui leal.

Después me retardé en ir á Veracruz á las vacaciones. Era que la madre de mi amigo se moría, y él estaba solo. Aquella señora pobre que vivía en una casa miserable, carecía de todo, y su hijo sufría espantosamente al verla llena de privaciones. Yo vendí lo que tenía y le ayudé á asistirle; habia sido para mi una madre, me adoraba..... me quedé, pues, unos días de Diciembre para acompañarla hasta que murió. Llegué tarde á mi casa, atribuyéronlo á despego mío hacia la familia, y mi padre me trató con severidad. Yo fui á expiar mi falta á la casa, y los goces de la distracción y del cariño me fueron negados. Mi adorada madre

lloraba é imploraba el fin de mi castigo. Por fin lo obtuvo, pero no volvi al colegio. Me dedicaron á aprender un oficio y estuve en una armería un año. Vd. ve que soy débil, los trabajos del armero me fatigaban, y por otra parte, deseaba yo estudiar, tenía sed de saber, y sabía yo con envidia, con noble envidia, que uno de mis hermanos se recibía de ingeniero en Paris y que otro estudiaba medicina en Alemania. Me dirá vd. que por qué eran tan severos conmigo en mi casa y por qué era yo el hijo despreciado? Yo no lo sé. No habia ninguna de esas razones dolorosas que suelen en una familia condenar á un hijo al papel de victima. No; jamás los celos habian emponzoñado mi hogar; y por otra parte, mi semejanza con mi padre, lejos de hacerme odioso, parece que me hacia acreedor, al menos, á la igualdad en el afecto.

Así, de armero, yo procuraba ganar la ternura paternal. Me acuerdo de una famosa espada que hice para ofrecerla á mi padre en su cumpleaños. ¡Cómo trabajé en forjarla y en cincelarla!

Llegó el día, y entre los regalos enviados por mis hermanos de Europa y ofrecidos por mis hermanas, creí que mi espada y mis otros dijes de herrería me alcanzarían una sonrisa, un abrazo y el perdón de mis faltas. No fué

así : el carácter de mi padre para mi se ennu-blecía cada día más; apenas vió mis regalos y los arrojó con desdén en un rincón. Yo derramé lágrimas en silencio, y no me consolé sino cuando mi madre, á hurtadillas, vino á hacerme una caricia y me dirigió algunas palabras de ternura.

Algunos amigos de mi padre le hicieron reflexionar que era demasiado severo con un muchacho tan endeble y tan enfermizo como yo, y á moción suya me envió á una casa española de Veracruz para dedicarme al comercio.

Pero el comercio me fastidiaba, estaba yo consumiéndome de tristeza. En esa época llegó el gobierno liberal é hizo de Veracruz su baluarte. A poco el ejército reaccionario vino á poner sitio á la plaza. ¿Qué quiere vd., doctor, el fastidio que me causaba el comercio, las ideas liberales que me entusiasmaban, los toques de guerra que me hacían hervir la sangre, el peligro que me seducía, todo influyó en mí, y después de escribir una carta muy respetuosa á mi padre, en que le pedía perdón por seguir otros principios que los suyos, me alisté como soldado raso, y desde entonces pertenezco al ejército. Quise comenzar mi carrera desde esa clase. Ascendí á sargento, y luego, cuando triunfamos y fui á México, he

visto frecuentemente á mis hermanos en su carruaje pasar junto á mi, dirigiéndome una sonrisa de lástima.

Intenté una vez ver á mi padre y á mi madre para arrodillarme delante de ellos é implorar su perdón y su gracia, y escribí con tal objeto; pero recibí la orden de no presentarme jamás en casa. Por eso he vivido apartado de mi familia, sin verla ni aun en momentos en que me moría del pecho. Esperé la muerte solitario, mi buen amigo había muerto también de tifo, y yo no tuve más asistencia que la del hospital militar. Entonces pedí mi licencia, se me concedió y viví trabajando como armero de día, y estudiando de noche; pero vino la guerra extranjera y volví á presentarme de soldado raso. Por eso muchos creen que he comenzado á servir hace dos años. Concurri al 5 de Mayo, después al sitio de Puebla, á las órdenes del general Herrera y Cairo, que hoy está en el interior, y he ganado mis ascensos merced al deseo que he tenido de distinguirme en las armas.

Hé ahí mi historia, historia de dolor, de miseria y de resignación; jamás me he sublevado contra la dureza de mi suerte, jamás he manchado mi vida con una acción innoble. He sido liberal, he ahí mi crimen para mi familia he ahí el título de gloria para mí. Mi padre

sabr  que he sido un soldado oscuro en el ejército republicano, pero jamás un criminal. Conservo su nombre puro, y aun el motivo que me lleva al cadalso es un motivo de que se enorgulleceria cualquiera. He faltado   las leyes militares, pero no   las de la humanidad! Quizás hago un mal   la patria, pero para mi ahorro lágrimas y evito la desventura   un corazón que ama con delirio.

En cuanto al estado de mi corazón, confieso á vd. que nunca he amado antes de llegar   Guadalajara, porque francamente no he sido simpático   las mujeres; y alguna vez que me he inclinado   alguna, pronto su desvio me ha hecho comprender que la molestaba, y timido por carácter pero altivo en el fondo, me sentia humillado y me retiraba pronto.

En Guadalajara tuve mi primera pasión.

Vd. lo sabe tal vez; esa joven tan hermosa y buena, que ha estado ayer loca de dolor por Flores, fué la que yo am . Ella fué la causa; me miraba de una manera que me engaño; crei que podria llegar á quererme, quizás por una originalidad de su carácter,   quizás porque adivinara que yo tenia un corazón sensible y bueno. Pero fué un error mío, que no conocí sino cuando ya estaba perdido y ciegamente enamorado. Y aun lo estoy, doctor; crea vd. que hacia tiempo que no experimen-

taba un dolor tan amargo como el que senti ayer al oirla dirigirme, en su justo sentimiento, palabras que aun me despedazan el corazón.

Deseo que me haga vd. un favor. He escrito esa carta para mi padre. Tenga vd. la bondad de enviársela para que sepa que su pobre hijo ha dejado de existir. Hoy me han traido un libro para leer. Eran los cuentos de Hoffmann. He leido dos; y como un desgraciado busca siempre en lo que lee los pensamientos que est n en consonancia con sus penas y sus propias ideas, he copiado en ese papel esos dos; guarde vd. ese papel en su cartera, y cuando le vea, recu rdeme. Me es grato pensar que vd. me recordara. La memoria de una alma compasiva es la más santa de las tumbas.

Ahora, adiós, doctor. Ah! acepte vd. también mi caballo como un obsequio humilde; le compr  en diez onzas   un criado del Sr. R....., el padre de esa joven, de esa mujer á quien muero amando. No tengo más que dejar, pues he dado mis armas   Flores anoche.

Ahora deseo recogerme un instante; tengo que rogar   Dios que me perdone mis faltas y que fortalecerme con la idea de que en la otra vida no sufrirá como aquí.

No ocultar  á vd. que estoy triste; la tristeza es la sombra de la muerte cercana :   por

qué me había de escapar de esa ley de la naturaleza? Además, amigo mio, no hubiera yo querido morir así. Yo soñaba con la gloria; yo anhelaba derramar todavía más mi pobre sangre en los altares de la patria; yo me hacia la ilusión de sucumbir con la muerte de los valientes, á la sombra de mi bandera republicana.

Al decir esto, dos gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de Fernando, y sus labios se agitaron un momento en un temblor convulsivo; pero él se apresuró á enjugarse los ojos, y añadió sonriendo :

Pero ¿ qué hemos de hacer? « Puesto que es ya tarde para volver al pasado, pidamos á Dios para nosotros la paciencia y el reposo. » Mañana dormiré para siempre. Adiós, amigo mio.

Yo sofocaba mis gemidos. Le estreché en mis brazos y le dije tartamudeando :

Vd. merecía vivir y ser grande.



XXXVII

BAJO LAS PALMAS

Al día siguiente, al dar las siete de la mañana, una columna de doscientos caballos escoltaba un carruaje que se dirigía hacia ese rumbo pintoresco y hermosísimo de Colima, que se llama la Albarradita, lugar lleno de extensas huertas donde la exuberante vegetación de la tierra-caliente se muestra con todos sus encantos. Millares de palmeras elevan sus gigantescos penachos sobre las cercas cubiertas con inmensas cortinas de verdura y de flores, y los naranjos, los limoneros, los zapotes dan sombra á los cafetos inclinando sobre las flores de nieve ó los rojos frutos de estos arbustos, sus ramajes recamados de oro.

A esa hora las aves cantaban regocijadas entre los árboles, corría una brisa tibia y cargada con los aromas del azahar y de la magnolia. El cielo estaba azul y limpio, y apenas algunas nubecillas como vellones transparentes se alejaban para perderse del lado del mar. El volcán elevaba hasta el cielo su punta de nieve en que parecían romperse chispeando los rayos del sol naciente.

La naturaleza toda parecía elevar un himno á Dios, solemne y dulce.

Y en medio de esta alegría del cielo y de la tierra, debajo de este manto infinito de zafiro y de luz, atravesaba aquel cortejo militar silencioso y terrible.

Allí iba un reo de muerte que iba á mezclar sus últimos suspiros á los cantos de fiesta con que la naturaleza saluda al Criador al aparecer el nuevo día.

La columna atravesó todo lo largo de la hilera de cármenes de la Albarradita, y cerca de un grupo de palmeras que se alzaban solitarias sobre un prado gracioso, y en que el invierno no había podido tostar el manto de la primavera, el cortejo hizo alto. Allí estaba el cuadro de infantería formado, y un gentío inmenso aguardaba. El carruaje se detuvo afuera del cuadro, abrióse la portezuela, y Fernando bajó tranquilo, y con paso seguro y firme avanzó

entre una doble hilera de soldados, conducido por un oficial.

Llevaba abrochada su levita militar, puestas sus botas fuertes, y su kepi inclinado graciosamente hasta los ojos.

Al tiempo de entrar en el cuadro, otro carruaje llegaba á galope por el lado opuesto, y de él se apeaban apresuradamente tres señoras vestidas de negro cubiertas con largos velos, y un caballero de edad.

Eran Clemencia, su pobre madre que no quería abandonarla, Isabel y el Sr. R....., que no teniendo más voluntad que la de su hija, se dejaba arrastrar, y entonces lo hacía con toda su voluntad. La apasionada hija de Jalisco, cuyos sentimientos se desbordaban luego de su corazón y no podían permanecer disimulados un momento, había procurado inútilmente penetrar en la prisión de Fernando para pedirle perdón de rodillas y asegurarle que le admiraba hoy, y quizás le amaba ya tanto como el día anterior le había ultrajado y aborrecido. Entonces determinó hacerlo á la hora de la ejecución: ¿qué importaba esto á aquella joven que desafiaba á la sociedad con tanto valor, y que estaba acostumbrada á imponer su voluntad como una ley?

Dirían que era una loca; y bien, sí, tenía esa sublime locura del corazón cuyas extrava-

gancias, la admiración popular convierte en leyendas, eterniza en cantos y adora en el santuario de su alma. ¿Acaso Clemencia era la primera mujer que se abrazaba al cadalso de un ser querido? Desde el Gólgota, desde antes, ha habido mujeres santas que han perfumado con sus lágrimas el pie del patíbulo en que han expirado los mártires.

Así, pues, Clemencia se precipitó entre la multitud, impetuosa, palpitante y pugnando por penetrar en el cuadro. Pero el gentío era inmenso y estaba tan compacto, que á no ser una columna, nadie podía atravesarle.

La pobre joven, seguida de sus acompañantes y arrastrando á Isabel que iba casi desfallecida, rogaba, empujaba, prometía oro, gritaba llorando que la dejasen pasar, que era de la familia del reo, que quería hablarle por última vez, que quería verle.

En vano; la muchedumbre tal vez por compasión le cerraba el paso. Y el cuadro se conmovía, y se escuchaba una voz seca é imperiosa ordenar un movimiento; ¡gran Dios! Fernando iba á morir y Clemencia ni le vería siquiera.

De repente reinó un silencio mortal.

— Por piedad, gritó Clemencia, paso, yo necesito verle... por el amor de Dios... lo suplico.

La muchedumbre asombrada y triste abrió paso, pero aun quedaba que atravesar la fila de soldados.

Clemencia iba á suplicar á un granadero que la dejara pasar, cuando quedó clavada en el suelo, y muda de horror y de dolor.

Estaba frente á frente de Fernando, aunque á lo lejos. El joven estaba hermoso, heroicamente hermoso. No había querido vengarse, se había quitado su kepi que había puesto á un lado en el suelo, y pálido, pero con la mirada serena y con una ligera y triste sonrisa, elevando los ojos al cielo, esperaba la muerte.

Los cinco fusileros estaban á dos pasos de él y le apuntaban. Las palmeras á cuya sombra se hallaba, estaban quietas, como pendientes de aquella escena terrible.

Clemencia quiso gritar para atraer siquiera sobre ella la última mirada de Fernando; pero no pudo, la sangre se heló en sus venas, su garganta estaba seca, era el momento terrible... se oyó una descarga, se levantó una ligera humareda que fué á perderse en los anchos abanicos de las palmas, y todo concluyó.

Fernando había caído muerto con el cráneo hecho pedazos y atravesado el corazón.

Clemencia había caído también desplomada.

— Levanten á esta señora que se ha des-

mayado, mujeres, gritó el soldado á cuya espalda había estado Clemencia.

Un grupo de mujeres del pueblo levantó á la joven, y luego su padre la tomó en brazos y la condujo al carruaje adonde Isabel estaba escondida ya y llena de terror con la madre de su amiga.

Los fusileros se retiraron llorando : ¡era tan valiente aquel joven oficial !

La tropa se volvió á la ciudad y la gente se dispersó. Solo el carruaje de Clemencia permaneció allí todavía. Unos soldados quedaron junto al cadáver para recogerle ; pero esperaban la camilla, y pasó media hora.

De repente Clemencia bajó otra vez de su carruaje, pero su padre la retuvo con fuerza, y ella, abatida y débil, sucumbió, y volvió á entrar en el coche, donde la recibieron desmayada su madre y amiga.

El Sr. R..... llegó junto al cadáver, y pidiendo permiso sacó de su carterita unas tijeras y cortó un mechón de cabellos de Fernando, que guardó cuidadosamente, después de lo cual volvió al carruaje que partió después para la ciudad.

Clemencia volvió de su nuevo desmayo, en su casa, y ya recuperada y más tranquila,

— Padre mio, dijo : ¿ dónde está eso ?

— Aquí, hija querida, aquí ; pero por Dios que no nos hagas sufrir.

Y le alargó los cabellos que había cortado.

— ¡Ah! dijo Clemencia tomándolos con delirio y besándolos repetidas veces. A ti era á quien debería haber amado, dijo, y cayó sobre sus almohadas deshecha en llanto.

La familia del Sr. R... recogió después el cadáver de Valle, y le dió sepultura con la adoración que se debe á un mártir.

